

GUIA DE LECTORES

Si es esta "guía de lectores" y presumimos que alguien la lee, debemos como consecuencia presumir también que alguien lee, ha leído o leerá las obras o los autores que aquí comentamos. ¿Sucede así? ¿Sucederá, por ejemplo, con el Premio Nacional de Literatura? ¿Alguien interesado en la literatura lo conoce? ¿Podemos citar algún libro de poemas, un volumen de cuentos, una novela, un ensayo con caracteres de tal? Como para temer que no. ¿Culpa del premiado? Tampoco: es un hombre ilustre, digno del respeto de todos y, principalmente, de los que manejamos la cervantina lengua, que él ha estudiado tan decorosamente hasta en sus más modestas derivaciones chilenas.

¿Qué pasa entonces?

Lo dijimos hace muchos años, cuando se le otorgó el Premio Nacional de Literatura a uno de nuestros grandes talentos, pero que no era literato: don Francisco Antonio Encina. Ocurre que cuando hay que premiar a alguien y no encontramos mejor medio, se le echa mano al Premio Nacional de Literatura que de esta manera se está convirtiendo en una especie de Mentholatum intelectual. El propio Dr. Oroz lo señaló, hace algún tiempo, en una entrevista: sería necesario crear un Premio de Ciencias Humanísticas para celebrar a aquellos que se han distinguido en tales disciplinas. Pero como a nadie se le ha ocurrido crear semejante premio.... se recurre al de Literatura.

Con la misma ligereza mañana se le podría dar a un novelista el Premio Nacional de Arte, porque hay algo de arte en eso de escribir novelas...

No diremos, con Hamlet, que en esto de los premios nacionales "algo huele a podrido". Pasa algo peor: huele a esa increíble falta de imaginación que Unamuno consideraba rasgo característico de la chilenidad. Hubo un triste tiempo en que no sé por qué ocultas y esotéricas cabalas el premio se daba un año a un poeta y el otro a un prosista. ¿Méritos? Eso corría en segundo término. Lo importan-

Por Hernán Poblete Varas, de la Academia Chilena

te era el orden, la "tradición" establecida: si había algún prosista superlativo, tenía que esperar turno cuando el premio correspondiera a un poeta. Y viceversa. Se llegó a extremos peores: un elemento de juicio para otorgar el premio era el estado de vejez o el estado económico de los eventuales candidatos. De modo que, mientras más viejo y más pobre, y siempre que se estuviera en el turno correspondiente de poetas o prosistas, la probabilidad de triunfar se hacía inminente. Así se dio más de un premio y me temo que así se haya dado otro, hace pocos años.

¡Y nos reímos del Premio Nobel! Es cierto que a veces priman criterios políticos o circunstanciales para otorgar el Nobel de Literatura. No se explicaría de otro modo que lo hubiera recibido Churchill (aunque escribió una novelita en sus años de juventud), o el aburridísimo Echegaray, o el olvidado y olvidable Benavente, o el criollista finés Sillanpaa, o el bastante más notable Hemingway que al obtenerlo derrotó nada menos que a Kazantzakis, mil veces más profundo pero menos "best-seller" que el cazador de fieras y de actrices norteamericanas.

El mejor medio para desprestigiar una distinción es otorgarla erróneamente. Si mañana nos dedicamos a otorgar el Premio Nacional de Ciencias a los artistas, el de Arte a los literatos y el de Literatura a los lingüistas y filólogos, podemos tener la seguridad de que a muy corto plazo nadie deseará obtener premio alguno, por el enrarecimiento en torno a la definición de la especie.

Por esto, muy sinceramente, muy honestamente, rindo desde estas columnas mi más emocionado homenaje a ese ilustre maestro que es el Dr. Rodolfo Oroz y condeno sin apelación al jurado cuya deplorable miopía conduce a la irracionalidad de estos galardones que empiezan a aparecer superfluos.